



Código documento: 033cas
Nombre documento: Relatos y cuentos: Martín el Humano
Idioma: Castellano
Fecha creación: 21 de enero de 2009
Autor: Gregorio de Zaragoza

Martín el Humano

Martín, Martín de Chistau es mi nombre y soldado de Cristo es mi oficio, mis armas la pluma, el raspador y las tintas, soy copista. Toda mi vida ha estado dedicada al servicio del Señor y por ello llena de alegría y confianza, pero la carne es débil.

Desde la temprana edad de 10 años he conseguido poner en letras mis pensamientos y eso ha sido gracias a los desvelos de mi madre Jaqueline de Toulouse y al desistimiento comprensivo de mi padre, Gervasio de Estós.

Mi madre era una mujer dulce y cultivada, que vivió con desahogo en la corte tolosana, en donde mi abuelo ejercía de secretario.

Fue así como ella aprendió a leer y escribir, dones estos en los que me instruyó desde muy chiquito, mientras mi padre guerreaba a los sarracenos que intentaban ocupar los pastos y ganarse los ganados que nuestros criados apacentaban en las tierras de los Montes Pirineos.

Mi vida sosegada, el amor de mi madre y mi inclinación a las letras y los rezos, que ella cultivó en los primeros años de mi vida, fueron determinantes a la hora de decidir. Así fue que, cuando a los ocho años mi padre me reclamó a su lado e intentó instruirme en las armas y los caballos, no encontró en mí la más mínima inclinación y aunque puedo asegurar que me esforcé en la tarea, mas que nada por conseguir su cariño y aprobación, no fui capaz de dominar al caballo, ni de manejar con soltura la espada.

Mi padre me demostró que me amaba devolviéndome al abrigo y seguridad de mi madre. Así pues, la suerte estaba echada, sería servidor de Cristo.

Dada mi formación, aún no había cumplido los catorce años cuando fui reclamado para servir en la biblioteca del monasterio de Anjoul, en donde descubriría que no todos los papiros, pergaminos o tablillas, se dedican a ensalzar al Señor con rezos y oraciones. Las letras servían para conocer mejor la Naturaleza Divina por medio de conocer la de las cosas y los hombres.

A pesar de las convulsiones y guerras que arrasaban el territorio de la vieja Europa, a pesar de los saqueos y violencias de los señores de la guerra, que campaban a su libre albedrío por campiñas y poblados, a pesar del terror y la barbarie, que dominaba el gobierno de las vidas de los hombres, mi juventud transcurrió segura, apacible y confiada.

Tuve acceso a escritos de todos los tiempos y lugares de la tierra para copiarlos, pero también para leerlos y comprender su significado. Daba igual la lengua en la que estuvieran escritos pues llegué a comprenderlas todas. Con la ayuda de Dios, y de mis hermanos en Cristo que regresaban de tierras extrañas, incluso conseguía hablar esas lenguas que ellos trajeron y pronunciaron. Tenía el don de lenguas que Jesús concedió a los apóstoles cuando los mandó a predicar por el mundo, aunque, a mí, el Señor me negó el valor para enfrentarme al mundo como lo hicieron los once discípulos fieles.

A pesar del valiente ejemplo que estos hermanos peregrinos me dieron, nunca tuve inclinación a viajar, prefería la tranquilidad de cuerpo y espíritu que me daban los espacios conocidos. Mi mayor felicidad aventurera era pasear por el huerto del monasterio y divisar desde mi celda, el horizonte azul y, de vez en cuando, a algún viajero.

Esa paz de cuerpo y espíritu comenzó a verse empañada por una inquietud que anidó en mi corazón desde el mismo día en el que llegó a mis manos aquel pergamino. Era el registro de una donación, cuando menos asombrosa, por la que un Papa Calixto hacía entrega, al que luego fue San Lorenzo, del cáliz en el que el Cristo bebió en la última cena y que luego contuvo la sangre del costado del Redentor, el santo Greal o Grial al que se atribuían tantas y tan grandes propiedades y prodigios.

Esa reliquia aún se encontraría en el santuario del incipiente reino de Aragón, al otro lado de los Montes Pirineos, en la traza del camino hacia la tumba del apóstol Santiago. En el preciso momento en que conocí su localización, nació en mí la necesidad de ver, tocar, adorar el Cáliz del Señor.

Esa necesidad fue creciendo en mi corazón y la tranquilidad y seguridad de mis días se fue disipando, por efecto de la creciente inquietud. Hasta el día en el que tomé la decisión. Iría al Monasterio de San Julián y Santa Basilisa, en el paraje en el que, tras un oportuno milagro, se encontró el cuerpo incorrupto del ermitaño Juan de Atares, conservado junto a su ermita troglodita dedicada a San Juan el Bautista.

No fue fácil, ya que el monasterio no admitía más monjes por incapacidad física de acogerlos entre sus muros, sólo los monjes eremitas estaban autorizados a trasladarse a las ermitas y cuevas de los parajes en los alrededores del Monasterio. Debido a mi debilidad y al elevado valor que concedo a mi bienestar e integridad física, no podía incluirme entre los sacrificados eremitas, y esperé a que por la Gracia de Dios se hiciera un hueco en el monasterio y mi humilde persona fuera la elegida para cubrirlo.

Así transcurrieron más de tres largos años en los que mi pasión por el encuentro con el Cáliz no sólo no disminuyó, sino que aumentó considerablemente, llegando a hacerse dolorosa tan larga espera.

Y llegó por fin el día, un pergamino, ya raspado mil veces, trajo la buena nueva: Me reclamaba el Abad del Monasterio de San Julián y Santa Basilisa.

Ni por un momento me pasó por la imaginación la posibilidad de renunciar y permanecer al cobijo de mi celda, ni por un sólo instante sentí temor de emprender tan peligroso viaje hacia tierras de infieles. Casi de forma compulsiva hice mi parco equipaje, en el que se podían ver una manta, una bolsita con hierbas estimulantes para el viaje, un pedazo de queso, otro de pan, una calabaza de agua, los utensilios de mi oficio y dos pergaminos nuevos, regalo del Abad Gilez a mi nuevo monasterio, en el que yo vería realizado mi sueño.

Até muy fuerte mis sandalias, eché el cordón del hatillo sobre mi hombro, agarré con fuerza mi cayado y me eché al camino que tantos y tan buenos cristianos, tomaban en dirección a la tumba del Apóstol Saint Jaques, en el Finisterrae romano y antes céltico.

Uno de los temores aprendidos era el riesgo a viajar, a los accidentes, a las inclemencias del tiempo, a la soledad, a los ataques de alimañas y bandidos, al agotamiento físico...

Esos temores quedaron mitigados ya en la primera jornada, cuando me agregué a un grupo de peregrinos, de origen franco y teutón, que viajaban a Compostela. En su compañía avancé por entre los bosques y las campiñas, por los poblados y caseríos en donde algún peregrino del grupo se quedaba para tomar fuerzas o cumplir algún encargo y algún otro peregrino se nos unía al grupo.

Fueron muchas las historias y leyendas que oí, muchas las alegrías y temores que transmitieron las voces de seres atormentados por la ignorancia, la opresión y la superstición. Pero siempre venían a mi memoria las leyendas galas, con sus héroes y sus miedos, y permanecían en mi estado de ánimo hasta que, una nueva historia las relegaba a segundo plano.

Por fin, en un hermoso día de final del invierno, llegamos al embarrado camino del Somport y una jornada después me despedía de mi grupo que, fervoroso, siguió el camino a la tumba de Santiago en Compostela.

Mi corazón saltaba impaciente en mi pecho, debido en parte a lo escabroso de la sierra y en mayor parte a la proximidad de ver cumplido mi mayor deseo, ver el Santo Grial. En la siguiente curva vería por fin la silueta del monasterio... Fue horrible.

Quedé paralizado por el terror, fue un largo segundo en el que comprendí que no podría soportar la presión y tendría que abandonar el monasterio sin ver la Santa Reliquia. Aún así me sobrepuse, argumenté posibilidades de sobrellevar mis temores y el gran peso que se abatió sobre mis hombros, al menos el tiempo suficiente para tomar la comunión en la copa de Cristo. Reemprendí la marcha pero la alegría de mi corazón se vio sustituida por un gran pesar.

La acogida de la que fui objeto, fue un sencillo y acogedor abrazo del Abad y unas cortas instrucciones sobre las costumbres del lugar, posteriormente me condujeron a mi puesto de copista y más tarde, en el refectorio, fui presentado al resto de la comunidad, catorce monjes, siete novicios y veintiocho hermanos menores. Cuando me condujeron al dormitorio comprendí el motivo por el que no admitían más hermanos. Con gran ingenio habían construido unos andamiajes que permitían colocar tres camastros, en distintas alturas, pero en el mismo espacio de uno, aún así, en el reducido dormitorio no cabía ni un diminuto ratón más.

En cuanto tuve ocasión expresé mi gran deseo y formulé la gran pregunta, ¿cuando veré el Santo Grial?, pronto, fue la respuesta. El Jueves Santo, dentro de cuarenta días el Santo Cáliz sería expuesto ante la comunidad.

Sabía que era imposible, pero decidí soportar mis temores ya que me era imposible sacudírmelos. Decidí aguantar al menos esos cuarenta días.

Enseguida fue notoria mi falta de apetito, mi cara de ansiedad, mi actitud ausente y despistada, la falta de sueño y los constantes y lastimosos errores en mi trabajo, hasta que mi confesor me invitó a sincerarme con él. Fue muy doloroso intentar hacer comprender a aquel anciano cuales eran mis anhelos y mis cuitas, no me comprendió y me pidió serenidad. Pero la serenidad no acudió a mi ánimo y el gran peso que se abatió sobre mis hombros el día de mi llegada, fue creciendo.

Creo que por indicación de mi confesor, el abad me llamó preocupado por mi actitud e intrigado por los motivos. Cuando le conté mis temores el gesto del afable abad cambió por completo, su rostro pasaba rápidamente de la risa a la incredulidad e inmediatamente al enfado. No sirvió de nada mi insistencia y la promesa de cambiar de actitud y olvidarme de la posibilidad de que el cielo se desplomase sobre mi cabeza, el día treinta y cuatro de mi llegada me vi forzado a abandonar el monasterio sin haber llegado a ver el Grial.

Pero es cierto, sólo y solamente cuando abandoné el lugar, cuando desde la primera curva vi la silueta del edificio y de la gran peña bajo la que estaba construido, sólo entonces fue cuando desapareció el gran peso que se había abatido sobre mis hombros. Pero ¿cómo hacer comprender a un hispano el gran temor de un galo?, ¿a lo único que teme de verdad "que el cielo se desplome sobre su cabeza"?, ¿cómo explicar que un fraile sensato y temeroso del Señor se vea vencido por el terror a que la gran roca que es su cielo, se desplome sobre su cabeza?.

Más tarde, cuando los años hicieron mella en mí, quise intentar de nuevo la visita al Santo Grial en el Camino hacia la tumba del Apóstol Santiago en Compostela, pero ya era tarde, el Cáliz se había perdido en su traslado a San Adrián de Sesabe, cuando la caravana que lo conducía fue atacada por una partida de sarracenos ávidos de riquezas.

El miedo irracional truncó mi Camino.

Gregorio de Zaragoza